Ejército

ABRIL DE 2017 • AÑO LXXVII • NÚMERO 912
REVISTA DEL EJÉRCITO DE TIERRA ESPAÑOL

El control sobre los «global commons» en el mundo actual

Tropas de montaña: pasado y futuro

DOCUMENTO:
Mando de Ingenieros. Ingenieros del siglo XXI

PREDICANDO EL EVANGELIO ENTRE SERPIENTES DE CASCABEL

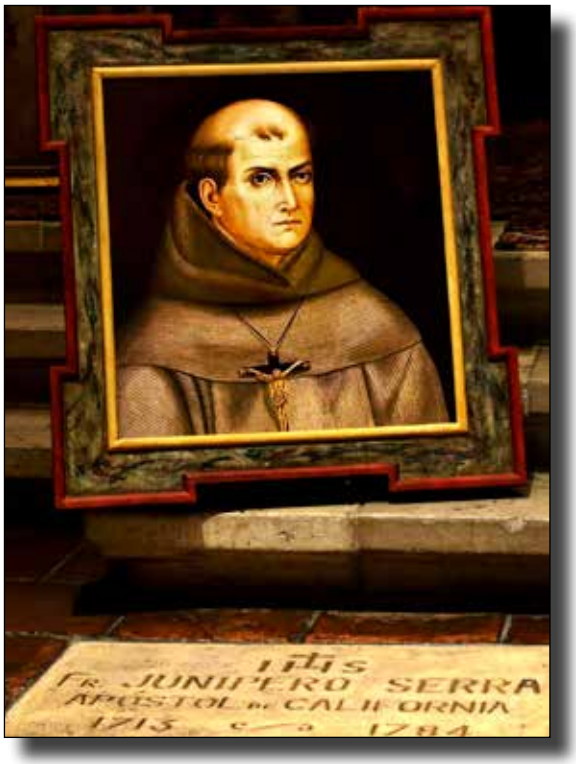
José Enrique López Jiménez.
Teniente coronel. Ingenieros

NOTA DE REDACCIÓN

Siguiendo la serie de artículos del Rincón de la Historia dedicados a «El XVI, el siglo olvidado de la presencia española en Norteamérica», que se inició en septiembre pasado con un artículo sobre Menéndez de Avilés, fundador de Santa Elena, primer asentamiento español en La Florida, continuamos con este número presentando el trabajo «Predicando el evangelio entre serpientes de cascabel», dedicado a fray Junípero Serra colonizador y evangelizador de lo que hoy es California, uno de los más importantes estados de los actuales Estados Unidos de Norteamérica.

PREDICANDO EL EVANGELIO ENTRE SERPIENTES DE CASCABEL

El lento cabalgar del borriquillo levantaba tenues nubes de polvo en el secarral californiano bajo el cielo azul de un tórrido verano. El sofocante calor casi asfixiaba a la enjuta figura cubierta con un sombrero de ala ancha que a horcajadas montaba el pollino. La tonsura en la cabeza, las sandalias viejas raídas y agujereadas de otrora cuero lustrado y el hábito tejido con finas hebras de lana negra y blanca, que mezcladas, daban al tejido un aparente color gris ceniza, le delataban como miembro de la orden franciscana. En ocasiones, el fraile sofrenaba los impulsos del animal por cabriolar para librarse de su pesada carga, pues era asno viejo y estaba cansado de esos menesteres. Mientras azuzaba al sufrido congénere del inseparable compañero de Rocinante en sus andanzas manchegas, el anciano religioso meditaba sobre su larga vida.



Retrato de Junípero Serra conservado en la basílica misión de San Carlos Borromeo del Carmelo

Recordaba su infancia en Petra, su villa natal en la mediterránea isla de Mallorca. De cuando sus padres, sencillos labradores, le contaron que fue bautizado el día de su nacimiento en la iglesia del pequeño municipio un 24 de noviembre de 1713 y de que fue confirmado el 26 de mayo de 1715 en el mismo templo en el que fue purgado del pecado original. De su nombre, Miguel José, del que nadie se acordaba. La cara de alegría de sus progenitores cuando les dijo que quería consagrarse a Dios. Su ingreso como novicio en el convento que la orden franciscana tenía en Palma donde vistió el hábito sin haber cumplido los 17 años y en el que adoptó el nombre de Junípero, el humilde discípulo de San Francisco. Lo que nunca olvidaría fue la expresión en el rostro del superior de su orden, cuando le comentó que quería ir al Nuevo Mundo a predicar el Evangelio entre los indios y la satisfacción que sintió al conocer que su buen amigo, fray Francisco Palou, estaba dispuesto a seguirle en su aventura americana.

¡El bueno de fray Francisco! Se le había metido en la cabeza que debía contar en un libro sus más de setenta años de existencia por este valle de lágrimas. Fray Junípero le había dicho que él no era tan importante, que había muchas más almas bondadosas con mayor merecimiento para que sus vicisitudes fueran narradas para la posteridad. Una existencia que por cierto, estuvo a punto de terminar para Francisco en 1749 con tan solo treinta y cinco años. Aquel hereje capitán inglés que mandaba el paquebote que le trasladó de Baleares a las costas andaluzas se empeñó en tirarlo por la borda porque rebatía con éxito todas sus interpretaciones de la Biblia. No era para menos, por algo era doctor en la sagrada teología y había enseñado filosofía en la Real y Pontificia Universidad Luliana y Literaria de Mallorca. También le dolió la separación para siempre de sus padres. Se despidió por carta. Quiso ahorrarles la consternación del adiós definitivo.

—¡Vamos burro. No te retrases, que el viaje a Monterrey es largo. Ahora soy yo el que tira de ti! Para larga —pensó— la travesía desde Cádiz a Veracruz y la caminata de 500 kilómetros de Veracruz a Ciudad de México—. Aún le torturaba la herida del pie que se le llagó después de tanto transitar. Cruzar el Atlántico le llevó noventa y nueve días. Funestas desdichas perturbaron la navegación. Como la escasez de agua antes de alcanzar Puerto Rico o la aciaga tempestad acaecida el 4 de diciembre, que por muy poco no envió a pique el navío que lo transportaba al puerto veracruzano y de las que se salvó por la intercesión de la célebre virgen Santa Bárbara, a la que se encomendó y rezó, ya que ese día la Iglesia enaltece su glorioso martirio.

—¡Vamos, criatura de Dios, no abultas más que un potro recién nacido, pero eres terco como una mula!

Tras su llegada a la capital de Nueva España a finales 1749, fray Junípero Serra y su inseparable amigo y biógrafo fray Francisco Palou fueron destinados a Santiago de Xalpán, en la Sierra Gorda de Querétaro. No le importó ejercer de albañil o carpintero si con su ejemplo atraía a los nativos a la Iglesia. En Sierra Gorda estuvo hasta 1758, momento en el que se hizo cargo de la misión de San Sebas, al noroeste de San Antonio, en la actual Texas. Más tarde regresaron de nuevo a Ciudad de México, al convento de San Fernando de la orden franciscana. El tiempo que permanecieron allí no lo malgastó nuestro protagonista,

Misión basílica de San Juan Capistrano,
una de las más importantes misiones fundadas por fray Junípero

pues continuó con su labor evangelizadora hasta que en 1767 le encomendaron la custodia de las misiones de los jesuitas en California al ser estos expulsados por Carlos III de todos los territorios de la Corona española. Posteriormente, las misiones jesuíticas pasaron a manos de los dominicos, lo que aprovechó fray Junípero para comenzar la cristianización de la Alta California, un territorio prácticamente inexplorado de miles de kilómetros cuadrados. En 1768, junto con otros trece franciscanos, formó parte de la empresa conocida como la Santa Expedición que el capitán Gaspar de Portolá tenía previsto conducir hasta San Diego, en la costa del Pacífico. De aquí se dirigirían hasta Monterrey. La expedición partió en 1769, una parte por tierra y otra por mar (la flotilla estaba compuesta por tres barcos, uno se hundió y perecieron todos sus tripulantes). Tenía por objetivo la colonización del norte de California para evitar que fuera ocupada por los rusos que estaban asentados en Alaska. El grupo de tierra anduvo cerca de 1100 kilómetros, con un fray Junípero muy dolorido por su incurable herida del pie.

A Portolá lo sustituyó el capitán Pedro Fages. Pronto surgieron desavenencias entre el nuevo jefe y el religioso mallorquín, que quería continuar hacia el norte en busca de nuevas almas que ganar para la Iglesia. Las diferencias entre ambos únicamente podían ser resueltas por el virrey Antonio María Bucarelli, por lo que fray Junípero regresó a la capital mexicana (2300 kilómetros de ida y otros tantos de retorno) donde arribó enfermo y cansado el 6 de febrero de 1773. Bucarelli apoyó al fraile en sus pretensiones de que los neófitos cristianos fueran responsabilidad de los misioneros. De vuelta en Monterrey, continuó con su tarea evangelizadora. En 1769 fundó la misión de San Diego de Alcalá. Al año siguiente la de San Carlos Borromeo. En 1771 las de San Antonio y San Gabriel. San Luis Obispo en 1772 y las de San Francisco y San Juan Capistrano en 1776. El año entrante fue el de la fundación de la misión de Santa Clara y en 1782 se erigió la de San Buenaventura. Aunque no pudo verla finalizada, Santa Bárbara fue la última de las nueve misiones que fundó el propio fray Junípero, aunque otras veinte se levantaron bajo sus auspicios.

La misión de San Diego de Alcalá fue atacada por los indios kumeyaay la noche del 4 de noviembre de 1775. Quedó completamente quemada y destruida. Los nativos mataron a flechazos y lanzadas al padre Jaime, que la regentaba, al herrero y a uno de los dos carpinteros. Una muestra del carácter misericordioso de Serra lo manifiesta el hecho de que escribió al virrey rogándole que no se tomasen represalias contra los indígenas.

Fray Junípero no solo se ciñó a su labor apostólica. Los indios recibían igualmente instrucción en diversos oficios como los señalados de albañilería o carpintería. También aprendían herrería, el uso de telares, etc. y sobre todo nociones de agricultura, regadío y ganadería, para lo que se les entregaba semillas y animales que debían cultivar y criar. Serra siempre trató a los indígenas con afabilidad y estaba convencido de que los nativos debían aceptar la palabra de Dios por propia voluntad y no por obligación. Prueba de ello es que a su entierro asistieron cientos de indios que lloraron la pérdida de su benefactor.

La muerte le sobrevino el 28 de agosto de 1784. Días después de alcanzar caminando la ciudad de Monterrey, tras inspeccionar las misiones de Santa Clara y Santa Bárbara. Los restos del sacrificado e intrépido religioso español fueron depositados en la basílica de la misión de San Carlos Borromeo del Carmelo en la referida ciudad. En 1786, 7000 indígenas cristianizados vivían en los veintiún pueblos misión establecidos en California. En 1787 se editó en México la *Relación Histórica de la Vida y Apostólicas Tareas del Venerable Padre Fray Junípero Serra*, obra de su fiel y leal colaborador Francisco Palou.

Su Santidad el papa Juan Pablo II visitó la tumba de fray Junípero en 1987 y rindió al fraile mallorquín un merecido homenaje. El mismo Juan Pablo II lo beatificó en 1988. El papa Francisco lo canonizó en la basílica de la Inmaculada Concepción en Washington el 23 de septiembre de 2015. A la misa de entronización a los altares asistieron 25 000 personas. Durante la eucaristía, el papa elogió a fray Junípero por «defender la dignidad de la comunidad nativa». La festividad del nuevo santo de la Iglesia Católica se conmemora el 28 de agosto, día de su fallecimiento.

El padre Serra Ferrer es posiblemente uno de los personajes que más contribuyó a la expansión de la cultura hispana por Norteamérica. Cuando a cada Estado de la Unión se le ofreció la posibilidad de proponer a dos relevantes figuras de su historia para que sus estatuas se ubicaran en la sala del Capitolio reservada a los padres de la nación, el Estado de California presentó una escultura de fray Junípero sujetando una cruz en la mano derecha y un edificio misión en la izquierda. Es el único español que ha alcanzado tan alto honor.

En la actualidad, las misiones fundadas o patrocinadas por fray Junípero son monumentos nacionales que jalonan todo el territorio del suroeste norteamericano. Visitadas anualmente por miles de turistas, constituyen un monumento imperecedero a la presencia española en los Estados Unidos de América durante el siglo XVIII. Para ponerlo en contexto histórico, la guerra de Independencia de los Estados Unidos terminó en 1783 y la expansión al oeste se realizó a mediados del siglo XIX.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

- Genet, Donna. *Father Junípero Serra: Founder of California Missions (Hispanic Biographies)*. Editorial: Enslow Publishers. EEUU. 1996.
- Hackel, Steven W. Junípero Serra: *California's Founding Father*. Edita: Hill and Wang. EEUU. 2014.
- King, Kenneth Moffat. *Mission to paradise: The story of Junípero Serra and the Missions of California*. Burns & Oates. EE. UU. 1956.

Cenotafio de fray Junípero Serra
en la basílica misión de San Carlos Borromeo del Carmelo

– Palou, Francisco. *Relación Histórica de la Vida y Apostólicas Tareas del Venerable Padre Fray Junípero Serra*. México. 1787.
– Sabater, Gaspar. *Júnipero Serra (Colonizador de California)*. Editorial Nacional. España. 1944.
– Serra, Fray Junípero. *Diario de la expedición de Fray Junípero Serra desde la Misión de Loreto a San Diego en 1769*. Miraguano Ediciones. España. 2011.

LOS BORGIA Y EL ARTE MILITAR

Ismael Fernández de la Carrera.
Teniente coronel. Artillería

A pesar de la fama mediática conseguida por la familia Borgia gracias al *bestseller* de Mario Puzo y a la serie televisiva emitida por RTVE, no cabe duda que el legado histórico de dicha familia y generación de personajes españoles es mucho más interesante que sus escarceos amorosos, intrigas de palacio y demás anecdotario. El presente artículo pretende recoger y analizar las principales acciones militares que los Borgia desarrollaron para controlar y dominar los territorios de su época (fundamentalmente los Estados Pontificios), tales como la ampliación de su ejército papal, el reclutamiento de levas y caballeros, la mejora del armamento y de las tácticas de combate de la época, sus ágiles procedimientos logísticos para almacenar grandes cantidades de alimentos, alianzas estratégicas, entre otras.

Conviene señalar que en la época en que nos centramos (siglos XV y XVI), las altas autoridades eclesiásticas encabezadas por el pontífice y su segunda línea de autoridad de cardenales y obispos ejercían su auténtica influencia, poder y dominio gracias a una fuerza militar aplastante y disuasoria frente a una amalgama de pseudomonarquías y Estados autoritarios nacidos en toda Europa. En todo este contexto, aparece la casta y linaje de la familia Borja (nombre original aragonés cuya italianización deriva en Borgia), dando a la historia varios personajes cuya biografía y memoria merecen ser señaladas: dos papas (Calixto III y Alejandro VI), además de varios sucesores malvados (César Borgia, hijo bastardo de Alejandro VI) y pusilánimes (Lucrecia Borgia, también hija bastarda del papa Alejandro y hermana del anterior). Nos centraremos en Rodrigo de Borgia (papa Alejandro VI) y en César de Borgia (nombrado inicialmente cardenal y después capitán general de los ejércitos papales), como principales exponentes de esa autoridad que vestida de mitra papal aplicaba una estrategia político-diplomática y una peculiar táctica guerrera en los territorios europeos ocupados por la Iglesia durante el siglo XV. Tampoco podemos olvidar la complicada situación monárquica de los reyes que vivieron como coetáneos en España (Fernando II de Aragón o Fernando el Católico y Felipe I o Felipe el Hermoso) y en Francia (Carlos VIII y Luis XII).

Rodrigo de Borgia (1431-1503),al que sus enemigos italianos lo llamaron el Español debido a sus orígenes, mientras que sus seguidores lo llamaban el Maestro, fue padre de siete hijos descendientes, todos bastardos, de los cuales cuatro de ellos (César, Juan, Lucrecia y Jofré) eran de la misma mujer (Vanozza Cattanei). Aunque sus hijos nacieron en Roma, Fernando el Católico nombró a los cuatro citados como ciudadanos españoles de pleno derecho por decreto real. Al acceder al papado romano, tras un conclave no exento de infidelidades, promesas y traiciones, Rodrigo heredó la responsabilidad de reunir y administrar vastas riquezas e innumerables propiedades, al haber sido elegido por designio divino como el encargado de reunificar definitivamente el conglomerado de ciudades y estados feudales que formaban el centro de la península italiana. Es lo que tradicionalmente conocemos como los estados pontificios de Milán (dominado por la familia Sforza), Nápoles (dominado por los Ferrante), Florencia (los Médici), Perugia, Ferrara, Venecia, etc., cuya hegemonía y control necesitaba de un ejército poderoso equiparable al de los monarcas más influyentes (españoles, franceses, de los Países Bajos e incluso los turcos).

Dada la fragmentación de los teatros posibles de operaciones en los que deberían ser empleados para mantener la hegemonía territorial, el ejército papal heredado por Alejandro VI tuvo